



**RICARDO FORSTER**

**Hermeneutas de la noche.  
De Walter Benjamin a  
Paul Celan**

Trotta, Madrid, 2009, 168 pp.  
ISBN 978-84-9879-024-5

**M** Ricardo Forster,  
Hermeneutas de la noche.  
De Walter Benjamin a Paul  
Celan, Trotta, Madrid, 2009, 168 pp.  
ISBN 978-84-9879-024-5

*Hermeneutas de la noche* comienza destacando la riqueza inagotable de la concepción judía y cabalística de la lengua y del lenguaje; una riqueza que, como se encarga de recordarnos Ricardo Forster, han aprovechado los grandes pensadores de nuestro tiempo, de Benjamin a Celan, con el fin de expresar, en la medida de lo posible, las figuras del ocaso contemporáneo. Por ello mismo, es digna de lamentar la pérdida de esa sabiduría de siglos que una interpretación meramente informativa del idioma consolida. Es una forma de rehusar la riqueza cultural de la humanidad y de olvidar para siempre que el medio —la lengua— es también en ocasiones la única salvación espiritual que puede esperar el hombre.

La imagen de una lengua única perdida en la complejidad de Babel, la dispersión de su sentido en la multiplicidad idiomática, constituye no sólo el diagnóstico de un estado de cosas lamentado por ciertos sabios, sino también el acicate para recuperar esa unidad perdida en la fragmentación. Forster destaca la potencialidad del lenguaje, su faz jánica; sin percatarse de que en el misterio de los

nombres y en la mágica relación entre lo que algo es y su símbolo se encuentra tanto la idílica lengua del origen y de la unidad como la posibilidad de su pérdida, los hombres estaríamos obligados a vagar por un mundo sin la capacidad de revitalizar su trascendencia, su remisión al prodigio, a ese algo que se nos escapa y que conforma su misterio.

La tarea de decir el mundo es costosa, sí, pero también una obligación ineludible en un mundo y una cultura que se han perdido por el descamino de la superficialidad científicista. Tanto el capítulo introductorio como el conclusivo profundizan en esta idea del lenguaje como poder curativo de las enfermedades de la modernidad. En el decir lo que no se puede decir o que resulta inexpresable —el dolor, por ejemplo, la condición de víctimas, la muerte— el hombre encuentra una terapia para curar su malestar o, al menos, para humanizarlo.

El comentario en la tradición hebrea, la exégesis de la Escritura, su riqueza inagotable, se vislumbra como el modelo a seguir en esta tarea de comprender y expresar lo que no puede ser encapsulado en palabras ni sílabas. La incapacidad expresiva del lenguaje es, sin embargo, imagen de la incapacidad del hombre. Ahora bien, lo que no es susceptible de ser enunciado, sí que puede ser aludido, mostrado o reflejado. A esto mismo se refería el admirador de la Cábala, Jorge Luis Borges, cuando hablaba de la labor de los cabalistas; a su juicio, no tenían como pretensión mostrar la verdad, sino insinuarla, “no dicen abiertamente, sugieren el camino”.

Forster recuerda también lo que decía Scholem, a quien dedica un capítulo en este ensayo: el mal de nuestro tiempo ha nacido a partir de la negación del sentido de la lengua, de su tergiversación. Y esta afirmación no sólo puede constatarse con la experiencia de los totalitarismos y de la barbarie, sino de la menos cruenta, pero también hiriente, que se produce en los medios de comunicación. Contra la lógica del progreso y de la explotación, contra el imperio de los tecnicismos y las jergas, Forster reivindica un lenguaje con sentido que mantenga vivo todavía su relación con lo inabarcable.

Con independencia de estos empeños destructivos —algunos conscientes, otros llevados a cabo por la maquinaria mimética—, el idioma permanece por su propia naturaleza enclavado en el ámbito de lo sagrado. Pero ¿estamos llegando al ocaso definitivo de la expresión? “Es lo que le ocurre al idioma”, afirma Forster, “cuando es atrapado en los engranajes de un proyecto político o cuando se vuelve mera herramienta de comunicación: pierde su memoria en la conciencia de los hablantes”. Pero su fondo siempre permanece y de ahí que, según el pensador argentino, pueda vengarse “de un modo oscuro y apocalíptico”.

Los capítulos centrales de este libro están dedicados a exponer algunas reflexiones de importantes intelectuales del siglo XX y su peculiar visión de esa relación mágica entre la lengua, un determinado idioma y la realidad. El truncamiento de esta perspectiva se convierte así en crítica de la modernidad científicista, exacta y sistémica que condena la peculiar riqueza de la exégesis al campo de la irracionalidad. La República de Weimar y la interpretación de la categoría de “interrupción”, por ejemplo, hermana la misma concepción de crisis en Benjamin y Schmitt. Con las salvedades precisas, en ambos, el católico y el inscrito en la tradición del mesianismo judío, descubre Forster la conciencia de “una realidad en estado de intemperie”, una situación agotada que debe ser resuelta mediante regeneración.

Benjamin, poeta del crepúsculo, intentó hacer aflorar una escatología del pasado, en la que quedarán redimidas las generaciones sufrientes y el malestar general de su época. En ese Borges que recuerda su Buenos Aires natal percibe Forster un



## LIBROS



**RICARDO FORSTER**  
**Herменeutas de la noche.**  
**De Walter Benjamin a**  
**Paul Celan**

ánimo similar, si bien en este caso sus pretensiones son estéticas. Los dos fueron perspicaces observadores de un ocaso cultural y se enfrentaron directamente con la lógica de una modernización avasalladora, sin respeto por los misteriosos confines de lo inexpresable. No es casualidad que se consideren un poeta filósofo y un filósofo que escribe con el lirismo de los poetas.

Paul Celan, quien realiza el intento de “victimizar” la lengua y el idioma de los verdugos, escribió su obra con desamparo y con la intención de denunciar la permanente presencia del mal como algo insoluble a la condición humana. Sus poemas, la dureza de sus expresiones e imágenes, no contrastan en la mente de quien sabe que cualquier esperanza salvífica ha quedado obsoleta y sin sentido ante el paisaje desolador de la desgracia humana. Forster reivindica, sin embargo, el trasfondo hebreo del poeta, como un elemento que a su juicio “opera como crítica radical del orden de las cosas... como sospecha, malestar, incomodidad, ruptura”. De nuevo, el lenguaje, esta vez con toda su carga poética, aparece como el elemento central del enjuiciamiento de lo real.

Resta, de nuevo, recordar el planteamiento principal de estas páginas: la riqueza del lenguaje, su multiplicidad, su capacidad expresiva —tanto del dolor y del sufrimiento, como del misterio— y el proceso de vulgarización, de mundanización, del idioma. Forster señala que este olvido de la perspectiva sagrada de la lengua, fruto de la tecnificación y la modernidad, ha hundido a la humanidad en una crisis; nos hemos vuelto analfabetos ante lo más elemental: la búsqueda del sentido. Sólo una revitalización de la sabiduría del lenguaje puede modificar las cosas; de otro modo, estamos condenados a permanecer en esta vida “sin refugios espirituales”.

*José María Carabante*